

LA ÉPOCA MODERNA

*Los favoritos. Las cinturas de castidad. Los ligistas.
El diablo en el convento*

DE LOS últimos miembros de la casa de Valois se habla muy mal. No se puede negar que eran príncipes instruidos. Enrique III, por ejemplo, era culto, liberal, romántico, pero supersticioso e italianizado. Su gabinete estaba lleno de divanes, bibelots, estatuas, perros, gatos, papagayos y monos. Llevaba allí vestimentas femeninas y broquelillos con piedras raras. Era el tiempo de los "mignonnes", de los jóvenes favoritos que pertenecían a la nobleza, y con los cuales el rey mantenía relaciones traídas por los gentilhombres transalpinos, venidos con Catalina de Médicis. Las damas de la Corte eran contrarias, más exacto: celosas de esos jóvenes hermosos, bien constituidos, empolvados y afeminados. Su mantenimiento costaba enormemente, y el pueblo los odiaba profundamente. Ellos afectaban cierta piedad, no faltaban a la "penitencia" y, después de desnudarse, se flagelaban recíprocamente. El rey y la reina tomaban parte en estas manifestaciones públicas. Los favoritos sostenían duelos entre ellos. Algunos murieron en esta forma; otros fueron asesinados. Enrique III erigió, en la iglesia San Pablo de París, mausoleos magníficos en recuerdo de los favoritos Saint-Mégrin, Quélus y de Maugiron, pero después de un decenio el pueblo los destruyó.

Los italianos no trajeron a la Corte francesa solamente el hábito de la pederastia, sino también las "cinturas de castidad". Brantome demuestra que éstas estaban forjadas de hierro, ajustadas como un cinturón y cerradas con llave. Tan bien hechas estaban, que la mujer que llevase semejante cintura no podía engañar a su esposo o amante.

Después del asesinato de Enrique III, los ligistas no cambiaron las costumbres. Por el contrario. El clero fulminaba desde el púlpito contra el rey de Navarra, al cual consideraba "hijo de

ramera”, rechazando que abjurase de su herejía para convertirse en católico. Pero el sectarismo católico era bastante tolerante en sus propias procesiones. Las que tuvieron lugar en París, en 1589, reunieron en las calles a hombres y mujeres, muchachas y hasta niños, desnudos o vistiendo tan sólo la camisa, llevando en vilo “muy hermosas cruces”. Hasta algunos sacerdotes estaban obligados a tomar parte en esas procesiones que enardecían al pueblo y daban frutos distintos a los esperados.

Estos ligistas (una especie de fascistas de antigua moda), que condenaban las malas costumbres de la Corte, cubrían su exuberancia sexual con el manto de las cosas sagradas. Violaban a las mujeres y muchachas en la iglesia, durante el servicio religioso, y creían que eso no es más que un juego, una galantería digna de “un buen ligista”. Cuando el duque de Mayonne entró al frente del ejército en Tours (1589), todas las mujeres fueron violadas, hasta en las iglesias, ante sus padres y esposos. Teniendo los ligistas la costumbre de descansar en los conventos, ello determinó un grave desenfreno entre las monjas, cuya priora, de acuerdo con el jefe de la tropa, las ponía a disposición de los soldados de la Santa Unión. Estas orgías acostumbraron a las monjas a una vida voluptuosa. En 1593, cuando París se encontraba en poder de los ligistas, se veía cómo “los gentilhombres y las monjas se emparejaban”, amándose descaradamente. Debajo de su hábito, ellas llevaban vestimenta de cortesana, se disfrazaban, se empolvaban y sus palabras eran tan sucias como sus hechos.

*Enrique IV. Luisa Labé. Marión de Lorme. Ninón
de Lenclos*

Aunque a Enrique IV se le puso el sobrenombre de *le Vert-Galant*, era empero un monarca de larga visión, dotado de un sentido político superior a los hombres de Estado de su tiempo. Su proyecto llamado el *Grand Dessein* comprendía la concepción de una Sociedad de las Naciones. Este monarca —del cual se decía que quería que cada campesino pudiera tener, por lo menos el domingo, una gallina en su olla— tuvo numerosas man-

cebas, entre las cuales las más conocidas fueron Enriqueta d'Entraigues y Gabriela d'Estrées. Esta última le dio tres hijos, entre ellos al duque de Vendome. Gabriela habría llegado a ser reina de Francia si no hubiese muerto, envenenada o debido a un parto prematuro. Margarita de Valois no era menos que su esposo, en lo que concierne al amor plural. Enrique IV amó locamente a Carlota Margarita de Montmorency, a la que obligó después a casarse con el príncipe Enrique de Condé. Cuando la pareja se fugó a Bruselas, el rey se preparó para perseguirla, si fuera necesario hasta con el ejército, pero cayó bajo el puñal de Ravailiac, un ex monje. No se ha podido comprobar que el brazo del asesino haya sido armado por otra manceba del monarca, madame de Verneuil.

En cuanto a Luis XIII, el rey carente de voluntad, que dejó las cosas públicas a cargo del cardenal Richelieu, la crónica escandalosa demuestra que aquél cambiaba con bastante frecuencia a sus favoritos, con los cuales tenía relaciones "socráticas", pero que también tuvo mancebas "platónicas". Su esposa, Ana de Austria, se consolaba con diferentes duques y hasta con Richelieu, después con Mazarino. Luis XIV sería el hijo de este último; lo corrobora el hecho de haber nacido 24 años después de haberse casado Luis XIII. Mientras los cardenales hacían de Don Juan, el pequeño clero usaba sable y reñía por bagatelas. Richelieu tuvo que adoptar medidas severas para refrenar los duelos.

Luisa Labé inauguró el tipo de las cortesanas francesas que imitaban a sus antepasadas de la época de Pericles. Maestra de esgrima y equitación, dejó también algunos de los versos de amor más sinceros y hermosos. En los jardines de su palacio de Lyon se reunía la sociedad literaria. Marión de Lorme vivió bajo Luis XIII. Su iniciador, en París, fue el escéptico y epicúreo Desbarreaux, al que abandonó a cambio de Cinq-Mars, uno de los favoritos del rey. Sus salones eran frecuentados por la élite parisiense, pero su estrella se apagó al mismo tiempo con la de Cinq-Mars, decapitado en 1642 por conspiración. En la lista de sus amantes figuran St.-Evremond, los duques de Buckingham, de Grammont, Condé, Richelieu. Era despilfarradora y puede decirse que ha sido mantenida por el tesoro público. Fue Ma-

rión de Lorme quien inspiró a Víctor Hugo un drama célebre. Ella ha sido una réplica de Aspasia, descollante desde todos los puntos de vista. De ella se ha podido decir que fue dotada "con la voluptuosidad de Epicuro y con la virtud de Catón". Falleció a los 39 años de edad, por haberse provocado un aborto.

Ninón de Lenclós fue, a los 16 años, protegida del cardenal Richelieu, quien, de acuerdo con la afirmación de Voltaire, le aseguró una renta vitalicia de 2,000 libras. Alrededor de ella se reunió una multitud de admiradores, todos los que en aquellos años jugaban un rol en la historia: Condé, Coligny, Sévigné, Rambouillet, el sabio Huyghens, el artista Mignard, el músico Lulli, los poetas Boileau, La Fontaine, Molière, etc. La reina Ana de Austria intentó detenerla en Madelonnettes, acusándola de corrupción de la juventud. En su pequeña casa, poco fastuosa, Ninón de Lenclós continuó recibiendo a la alta aristocracia, pero también a los sabios y artistas. Gassendi, Bernier y el estudio de Epicuro hicieron de ella una materialista, siendo en consecuencia la antípoda del espiritualismo dogmático de su época. Dejó como herencia a Voltaire cierta suma de dinero para que comprara libros, tras de haberle prodigado suficientes consuelos y máximas austeras. Tuvo amantes hasta la edad de 80 años, a los cuales dividió en tres categorías: los que pagaban; los mártires, que esperaban hasta que les tocaba el turno; los gratuitos. Se dice que no conservaba a nadie más de tres meses; si le agradaba un hombre, no hesitaba en expresarle abiertamente sus deseos. Así como era amistosa, era también inconstante. Pretendía que en el amor no debe decirse nunca ni *sí* ni *no*. Por eso se le dio el sobrenombre de *Ninón*. También se le atribuyen relaciones sáficas con la señora de Montespan, la viuda de Scarron. Uno de sus hijos, Villiers, ignorando que Ninón era su madre, se enamoró de ella; con dulzura maternal, ella le reveló la verdad; pero el hijo, desdichado, se suicidó. Ninón de Lenclós falleció a los 85 años de edad como una persona razonable y consciente de haber dado buen cumplimiento a su vida.

"Las Poseídas". Urbain Grandier. La Sodoma de Louviers. El sexo del Diablo

Los procesos de brujería llegaron al paroxismo entre los años 1580-1620. Durante el reinado de Luis XIII, las hogueras ardían todavía. La demoniomanía estaba de moda. Las histéricas triunfaban. Los conventos de mujeres estaban repletos de poseídas¹. Algunas de ellas denunciaban a las personas inocentes, afirmando haberlas puesto en relación con el diablo. De esta manera, el cura Gaufridy fue quemado por un "crimen de brujería" que no había cometido.

El caso del sacerdote Urbain Grandier llegó a ser célebre. Juana de Belciel, la superiora del convento de las Ursulinas de Loudun, ofreció a Urbain, el cargo de capellán. Éste, que era rico, orgulloso, mundano, de atrayente elocuencia, pero también cáustico, pendenciero con los clérigos que le envidiaban, formóse partidarios fanáticos y enemigos implacables. Toda su vida fue una serie de procesos. Rechazado el cargo propuesto por Juana de Belciel, ella, para vengarse, lo cedió al canónigo Mignon, uno de los enemigos de Urbain. La neurótica monja comenzó a afirmar que todas las noches lo veía a Urbain en sueño, pese a que nunca lo había visto en realidad. Las demás monjas, contagiadas, pretendían que también ellas lo habían visto. Urbain fue acusado de haber embrujado a la superiora con rosas malditas y que en ella vivían siete demonios. Las tentativas de ahuyentarlos fueron vanas y el pueblo se burlaba de las monjas, que se creían poseídas por los diablos. Urbain Grandier sabía defenderse; comprobó la mentira, ridiculizando a los brujos. La intervención de un médico contribuyó a la cesación de las alucinaciones. Pero al intervenir en las actividades políticas, Urbain hacía oposición a Richelieu, quien dio plenos poderes a un consejero, pariente de Juana de Belciel. Se reinició el proceso. Las excentricidades de las poseídas llegaron al colmo. Se mostraron falsos acuerdos diabólicos, que Grandier habría firmado con su propia sangre. La inocencia de Grandier, quemado en la

¹ Véase el anexo 2.

hoguera, se evidenció en 1655, cuando Juana de Belciel falleció, paralizada por una enfermedad nerviosa comprobada por los médicos. Y dos de los brujos que lo habían acusado, también sucumbieron, uno en convulsiones y otro en furiosa locura.

La narración de Magdalena Bavant y de las poseídas de Louviers constituye otro capítulo de la demonología erótica. Un monje llamado Davis, actualizando algunas escenas medievales, predicaba la inocencia de la desnudez de Adán y pedía a las novicias del convento d'Evreux de volver al estado de Eva para refrenarlas y humillarlas. "Es necesario matar el pecado mediante el pecado que humilla y cura el orgullo", decía. Las monjas pecaban, pues, entre ellas, mientras que Magdalena Bavant llegó a convertirse en la concubina de Picard, el sucesor de David; los hijos que ella daba a luz desaparecían uno tras otro. Finalmente, ella se sintió poseída y golpeada por los diablos, perseguida por una gata con ojos de fuego. Las demás hermanas se contagiaron. En vano un cirujano, Yvelin, desenmascaró la astucia de una hermana afectada por la locura erótica, explicando que las infelices monjas estaban histéricas, lunáticas, devoradas por el "mal de los conventos". Fue desaprobado. Magdalena Bavant perdía las noches luchando con las lauchas, se entregaba a los carceleros, a los sirvientes del obispado, firmaba listas de crímenes que no llevaba a cabo, pero aportaba también falso testimonio para hacer que los inocentes fueran quemados en la hoguera. Bajo la Fronda, el convento denominado la "Sodoma de Louviers" fue destruido y las monjas enviadas a sus respectivas familias.

Además, las alucinaciones eróticas no eran raras en las mujeres a las cuales la Iglesia colocó entre las santas. Bastará citar los accesos de exasperación amorosa de Lucía de Narní, de Santa Agnes, Santa Magdalena de Pazy, Santa Lutgarde, Santa Catalina de Siena. Para María Alacoque los consuelos de Jesús eran extrañamente suaves, mientras que para Santa Catalina esos consuelos iban hasta la cópula. Santa Teresa era una mujer superior, sabiendo observar y analizar; creyó que se liberó de la esclavitud del cuerpo, elevándose hacia el más alto espiritualismo; no obstante, algunas veces estaba dominada por alu-

cinaciones sensuales que ella creía divinas; pero evitaba describirlas, por tener demasiada similitud con el espasmo sexual. Existe, en efecto, una verdadera relación casi constante entre la exaltación religiosa y la excitación sexual, lo que induce al profesor Ball a escribir que se podría creer que las mismas células cerebrales presiden ambos fenómenos.

Entre los fenómenos de posesión colectiva, vale la pena recordar las del convento Nazareñ de Colonia, en 1564, o la epidemia erótica de las monjas de Cambrai, de 1491, cuando el "diablo" fue introducido en el convento por Santa Juana Pothière, una histérica insaciable. Las epidemias de Jura (1598-1600) y Labour (1609) produjeron las más raras alucinaciones sexuales. Las víctimas describían detalladamente sus más íntimas relaciones con Satanás; su imaginación era fecunda, especialmente en la descripción de los órganos sexuales de los diablos. Bastará citar a Juana d'Abbadie, de 16 años, para la que esos órganos "estaban constituidos por escamas que se encogían cuando penetraban; y cuando salían se erizaban, pinchando; el miembro del diablo tendría un codo de longitud, si no lo tuviera retorcido, en forma de serpiente".

*Luis XIV. Luisa de Lavallière, de Montespan,
de Maintenon*

Bajo la fastuosa dominación del Rey Sol, la situación de manceba real adquiere una importancia excepcional. Sus favoritas son reinas oficiosas. Nada se hacía sin su intervención, bajo el reinado de Luis XIV.

Luisa de Lavallière, provinciana, rubia, algo coja, pero simpática y muy atrayente, a los 16 años fue la primera manceba del joven monarca. Ella quería pasar inadvertida en la Corte, pero el rey la obligaba a salir con él. Cinco días después de haber dado a luz un varón, tuvo qué abandonar el lecho para asistir a una misa; cuando dio a luz al segundo hijo, abandonó la cama en la misma tarde para pasar la noche en vela con toda la Corte. Si bien el monarca la favorecía abiertamente, ella sufría por sus infidelidades; los sucesivos embarazos mar-

chitaron su primera juventud. Llegó a ser melancólica y atraída hacia la religión; públicamente pidió perdón a la esposa legítima de Luis XIV, retirándose al convento de las Carmelitas, donde permaneció 35 años.

La marquesa de Montespan reemplazó fácilmente a la primera concubina del rey, pero sin tener el noble carácter de ésta. Era caprichosa, pendenciera, aprovechándose de la pasión de Luis XIV para condenar a prisión a los cortesanos que le desagradaban, y obteniendo favores para los suyos y dinero para ella. Esta relación duró ocho años, siendo consagrada por ocho hijos legítimos. Su estrella comenzó a palidecer, tras de haberse sabido el papel que desempeñara la marquesa en el "asunto de los venenos". En 1648 se le quitó el departamento del palacio de Versalles; hasta el propio esposo, a quien el Rey Sol había brindado una pensión para poder pagar sus deudas, se negó a recibirla de nuevo.

De esta manera vencieron las intrigas de la señora de Maintenon, nieta de un célebre hugonote, poeta severo, historiador ardiente, que era el alma del partido protestante: Agrippa d'Aubigné. Su padre, Constant d'Aubigné, era un cínico aventurero, desheredado por su abuelo. La futura manceba real nació en una prisión, siendo víctima de las disputas religiosas de la familia; fue católica, después protestante, volviendo a ser católica a los 15 años, al ser de nuevo traída del archipiélago de las Antillas. Se casó con Scarron, cojo, pero muy espiritual, tranquilizando por espacio de ocho años la vida de este escritor pobre, chispeante de elocuencia, y cuyo salón era frecuentado por la señorita de Scudéry y la señora de Sevigné, por Lafayette y Ninón de Lenclós.

Después de la muerte de Scarron, la viuda, carente de fortuna, pero dotada de una cultura literaria, fue empujada por sus amigas hacia la Corte. Estaba entre las 300 damas que, en Saint Germain, participaban de la mesa del monarca. Finalmente, llegó a conocer todos los secretos de la Corte, especialmente los de índole amorosa. Se dice que también ella tuvo amantes, aunque Ninón de Lenclós la presenta como una mujer virtuosa, inadecuada para el amor. Es de este modo como llegó a

confiársele la educación de los hijos del rey y de la señora de Montespan.

La viuda de Scarron no pudo entenderse mucho tiempo con esta última. El rey le acordó cien mil libras y el título de Madame de Maintenon. La reina falleció en 1643; el monarca tenía entonces 45 años, y la señora de Maintenon, que tenía tres años más que él, llegó a ser la esposa legítima del mismo, sin ser reina. Trabajando para el partido clerical, ella obtuvo la revocación del edicto de Nantes, y fundó el instituto real de Saint-Cyr, en donde se educaban 250 señoritas nobles y pobres. La señora de Maintenon no fue popular, por ser orgullosa, despreciativa y fría. Los revolucionarios de 1794 desenterraron su cadáver, perfectamente conservado, y lo arrastraron con una soga al cuello, para arrojarlo después en una fosa.

Saint Simon describe a Luis XIV como un verdadero sultán, terriblemente egoísta, extremadamente severo con sus cortesanos y con sus numerosas mancebas; éstas tenían que acompañarlo en cualquier momento y en cualquier parte, aun cuando se hallaran enfermas o a punto de alumbrar; tenían que estar siempre alegres; debían divertirse incesantemente, resistiendo todas las intemperies y cansancios. Los Borbones sabían ser pretenciosos ante sus concubinas, especialmente cuando se hartaban de ellas.

El "affaire" de los venenos. Las Misas Negras

El proceso de la marquesa de Brinvilliers, ejecutada en 1676 por haber envenenado a su familia, condujo al descubrimiento de una vasta asociación de alquimistas, parteras, brujos y sacerdotes excomulgados, quienes proporcionaban a su clientela de la gran burguesía venenos denominados "polvos de sucesión". Con este motivo, las investigaciones de la "Cámara ardiente" determinaron arrestos sensacionales en el mundo de la nobleza. El nombre de la señora de Montespan y del poeta Racine figuraban en los legajos. Temiendo que el escándalo lo salpicara a él también, Luis XIV clausuró dicha "Cámara ardiente", después de haber sido condenados algunos culpables, entre los cua-

les estaba Catalina Deshayes, la que, ella sola, habría provocado más de dos mil abortos.

Las misas satánicas, con sacrificios humanos, parece que también tuvieron lugar bajo el dominio del Rey Sol. La señora de Montespan se prestó para semejantes ritos, creyendo que con ellos ganaría el favor del rey; ella misma sirvió de "altar" al famoso abad Guibourg, siniestro émulo de Gil de Rais, sacando la sangre de un niño nacido antes de tiempo y quemado después en un horno. Para mejor resultado, los conjuros se pronunciaban sobre una mezcla de materias repugnantes, que eran ingeridas, sin saberlo, por el mismo Luis XIV o por Carlos II de Inglaterra. Las misas negras eran seguidas, en el momento de la bendición de la hostia, por la cópula con la mujer que servía de "altar". Detalles horribles son expuestos en las memorias del teniente de policía d'Argenson.

Mientras las damas de la Corte se entregaban a estas prácticas innobles para ganarse los favores del Gran Rey, el pueblo trabajaba y se moría de hambre (tal como se puede leer en los libros de Sévigné, La Bruyère y Vauban) para llenar el tesoro real, constantemente agotado por las guerras y el despilfarro de un monarca que acostumbraba saludar a las sirvientas cuando las encontraba en las gradas de la gran escalera del palacio de Versalles.

Las mancebas de Molière. Lauzun. La Regencia

¿Fue, acaso, Molière la encarnación de Don Juan, personaje que llevó a la escena? Verdad es que el autor de *Tartufo* tuvo un respetable número de concubinas pasajeras, pero a las declaradas las amó largos años, eligiéndolas de su mundo: del teatro. Los celos, la tristeza, el dolor, la serenidad del amor feliz, expresados en sus piezas, representan en todo caso las diferentes fases de su vida amorosa.

Su primera manceba, Magdalena Béjart (1642), fue una notable actriz, como también una mujer seductora. Después de siete años de convivencia, Molière fue atraído por la Duparc, una actriz del "Teatro Ilustre" de Lyon, de la cual se dice que

tenía la gracia y los dones de una diosa. Se mostró inflexible ante el gran comediógrafo, como asimismo con Corneille, La Fontaine y Racine. Sólo después de la muerte de su esposo acordó "algunos placeres" a Racine; a este último se le responsabilizó de su muerte, causada por un aborto.

Molière convivió aún durante ocho años con la actriz De Brie, casándose después con una muchacha que le cortejaba: Armanda Béjart *probablemente* una hija, o según documentos inciertos, una hermana de Magdalena Béjart, su primer amor. Armanda despertó, en decenas de papeles, el entusiasmo de las rubias de la Corte del Rey Sol, en el teatro del parque de Versalles, pero no hizo feliz al autor de *El Misántropo*, que se volvió melancólico. Retornó a la De Brie, quien no dejó de amarlo, y al que dio, por lo menos, un hijo. El nuevo vínculo de Molière con la De Brie dio lugar a una coalición de Magdalena, Armanda y Duparc contra ella, pero el gran comediógrafo supo calmarlas, ofreciéndoles la ocasión de desempeñar papeles en sus propias obras. Magdalena Béjart se enriqueció administrando el "Teatro Ilustre". Al fallecer, en 1762, legó sus bienes a la esposa e hijos de Molière. En el año siguiente, éste falleció trágicamente, siendo rápidamente olvidado por su viuda. En lo que respecta a Armanda Béjart, la que habría sido hija de Molière, Julio Lemaitre admitió hasta cierto punto esta suposición. L. Lacour, bien documentado en esta cuestión, escribió: "De acuerdo con los documentos oficiales, si Armanda no fuera la hermana, sino la hija de Magdalena Béjart, entonces la acusación contra el poeta estaría *materialmente* fuera de duda."

El duque de Lauzun, favorito de Luis XIV, fue el Don Juan del "Gran Siglo", detrás de quien iban todas las damas de la Corte. Este coronel de dragones, carente de carácter, atrajo en sus redes también a una prima del rey, la señorita de Montpensier, apodada *la Grande Mademoiselle*. A pesar de toda su indiferencia, ella le fue extraordinariamente constante. Lo esperó diez años, cuando estuvo preso en la fortaleza Pignerol, bajo la instigación de la señora de Montespan y otros nobles, cuyas hijas fueron seducidas por el irresistible Lauzun. En sus cofrecitos fue encontrado un millar de cartas de amor y una

colección de rizos. Esto acrecentó el ardor de la "Gran Señorita", que hizo todos los sacrificios, despojándose también de una parte de sus dominios para obtener el indulto de Lauzun. Pero este feroz egoísta se apresuró a lograr nuevas conquistas, aceptando casarse en secreto con su fiel novia, atraído más bien por la fortuna que así ganaba y por el título público: duque de Montpensier. La vida en común de estos esposos paradójicos fue infernal, durante 15 años. La pobre "Gran Señorita" murió víctima de los celos, mientras que el insaciable Lauzun, a los 62 años, se casó con una muchacha de 15 años, la que fue lo suficientemente devota como para soportar durante 26 años a este terrible seductor.

Después que los restos mortales de Luis XIV fueron depositados secretamente en St. Denis, inicióse una época de libertinaje, reacción natural de la santurronería impuesta en los últimos años de la dominación del Rey Sol. Frente a este "movimiento" se encontraba Felipe de Orleáns, el regente de Luis XV. Inteligente, espiritual, despilfarrador, llegó rápidamente a ser popular; solía elegir sus mancebas también entre las bailarinas de la ópera. Rodeado de una banda de duques y marqueses endiablados, presidía ciertas orgías imitadas más bien de los griegos que de los romanos, donde podían ser vistas no solamente las bailarinas, sino las grandes duquesas y las propias hijas del Regente: la señorita de Valois y la duquesa de Berry, con las cuales habría tenido relaciones incestuosas. Todas las barreras levantadas por la señora de Maintenon se derrumbaron y la "alta sociedad" vivía en una promiscuidad sin reservas, dando la pauta también la duquesa de Orleáns, que vivía abiertamente con Law, el banquero inflacionista. Éste arruinó al público, pero inventó el crédito.

*Luis el Muy Amado. El Parque de los Ciervos.
El pecado filosófico*

El duque de Orleáns, el regente, murió a consecuencia de una congestión. Luis XV, el joven monarca, era uno de los hombres más hermosos de Francia, y no conocía obstáculo al-

guno en la satisfacción de sus deseos. Tenía predilección por las muchachas jóvenes, las cuales le eran proporcionadas por su preceptor: el cardenal Fleury. Según la señorita de Mailly, tres hermanas de la misma tomaron, sucesivamente, parte en la alcoba real; ellas fueron después enviadas al convento o murieron envenenadas (el susodicho Fleury no habría sido extraño a estos "arreglos").

Luis XV fue casado a los 15 años con la princesa polaca María Leczinska, que no desempeñó ningún papel en la vida pública del rey; sin embargo, le dio diez hijos.

Juanita Poisson —cuya madre la crió con el anhelo de ser la favorita del rey— es más conocida en la historia con el nombre de marquesa de Pompadour. Comprendió admirablemente al tiránico rey, adquiriendo una gran influencia sobre él; de hecho, fue ella quien ejerció el poder, nombrando o destituyendo ministros. Hasta la misma reina aceptó a la marquesa de Pompadour como dama de honor. Los jesuitas la enfrentaron; la expulsión de los mismos de Francia es más bien obra de ella que de d'Alembert, el enciclopedista. Ella se hizo respetar también por María Teresa, la emperatriz de Austria; se sabe que, entre las causas importantes de la guerra de siete años, están las ironías que Federico II de Alemania hacía a la favorita del rey de Francia. Muy mal se habló acerca de la marquesa de Pompadour, cuya educación no fue bien vigilada por su acaudalado padre natural: era interesada, ambiciosa, pero protegió a los pintores y literatos, siendo también la creadora de las famosas manufacturas de Sévres.

Juana Bécu, que la sucedió, parecía haber salido de una casa de prostitución. Para llegar a ser la manceba del rey, pasó por las manos de algunos condes y duques, casándose finalmente con el conde Guillermo Du Barry. Algo más refinada por las relaciones con literatos y académicos, parecía elegante y aun cándida, de modo que no le fue difícil conquistar al rey envejecido y agotado. Era frívola, pero no mala, sin haber desempeñado en la política el papel de la Pompadour. Después que Luis XV falleció a raíz de una infección sifilítica, ella continuó viviendo entre grandes personajes y artistas. Llegó a ser

más célebre al regresar de Inglaterra en 1793, siendo juzgada por el tribunal revolucionario y ejecutada. La misma suerte tuvo también Juan Du Barry, el autor de su "carrera" de cortesana real.

Para las costumbres de la época de Luis XV, era característico el lugar llamado el "Parque de los Ciervos", donde el rey había construido una villa: "l'Ermitage", para la marquesa de Pompadour. Siendo ésta afectada por cierta enfermedad, no vaciló en ofrecer el Ermitage, donde pudieran hospedarse los nuevos amores del rey, su amo. De este modo, la señorita de Lincourt, una maravillosa belleza de 12 años, fue allí la concubina del rey hasta que, al sentirse grávida, se la casó con un cortesano. Lo mismo sucedió con una irlandesa, la señorita de Murphy, de 14 años. Una vez casadas, estas mancebas no podían aparecer en la Corte. Las niñas seguían una tras otra, hasta que la marquesa de Pompadour tuvo la idea de crear en el Ermitage un verdadero harén para mujeres jóvenes. Agentes secretos viajaban por Francia para buscarlas; un oficial mantenía a distancia a los jóvenes: una superintendente, ex monja, mantenía el orden en la casa, ayudada por una docena de camareras. Los servidores varones eran viejos y feos. Todos percibían buena paga, pero cualquier indiscreción los llevaba a la Bastilla. Las "pupilas" de 9 ó 10 años recibían una educación especial, ignorando dónde se encontraban y a quién estaban destinadas. El rey-amante se ocultaba bajo diferentes nombres: era príncipe alemán, duque inglés, noble polaco. Si las muchachas descubrían la verdad, se las casaba o eran internadas en un convento. Y si llegaban a estar grávidas, se las remitía a ciertas casas de las cercanías de París. Todo esto constituía una especie de asunto del Estado, bajo el contralor de un ministro, que costeaba sumas inmensas, porque además del "serrallo" propiamente dicho, tenían que ser remunerados los padres, dar dotes a las esposas y "educados" los hijos. El Parque de los Ciervos duró 34 años, tragando doscientos millones de libras.

El ejemplo real encontró imitadores; cualquier gentilhomme quería tener su pequeño Ermitage. El príncipe de Contí pedía a todas las que había amado un anillo o una tabaquera; a su

muerte se encontraron 800 tabaqueras y 400 anillos, con el nombre grabado de cada donante.

Éstas eran las costumbres de la época de Luis XV, cuyos hijos bastardos eran tan numerosos. El pueblo odiaba al rey y perseguía a sus favoritos. Pero la descomposición de la nobleza facilitó la obra de los enciclopedistas, contribuyendo a la emancipación intelectual de Francia y Europa. Ya los protestantes no eran más quemados vivos; muy raras veces alguien subía a la pira por motivos de hechicería; con más frecuencia se quemaban las obras de los autores condenados por el Parlamento o la Iglesia. A través del boquete hecho en el muro de la moral, penetraba la libertad de pensamiento.

Si el amor femenino no tenía límites bajo el reinado de Luis XIV, bajo la Regencia y Luis XV algunas formas anormales de la pasión erótica estaban severamente castigadas. La fachada de la decencia pública tenía que permanecer intacta. El Rey Sol mostróse implacable con los que practicaban lo que el R. P. de Trévoux llamaba "no conformismo en el amor". Voltaire lo denominaba "pecado filosófico", mientras que los sexólogos oficiales lo llamaban "inversión sexual". Un célebre panfleto de entonces ofrecía pormenores sugestivos acerca de una nueva orden de los Templarios, presidida por duques y marqueses, cuyos estatutos imponían a los "hermanos" la castidad ante las mujeres. Ellos se reunían en tabernas y llevaban sobre el pecho una cruz de plata dorada, representando a un varón pisoteando a una mujer. Una vez, encontrando en su taberna a una cortesana, la amarraron a la pata de la cama, le introdujeron en la parte genital un tubo cargado de pólvora, al que luego prendieron fuego. El rey envió a esos Neo-Templarios a la Bastilla, al manicomio y al patíbulo.

Los Templarios reaparecieron bajo la Regencia y Luis XV, estigmatizados con la denominación de "infames", tal como eran registrados en los archivos policiales, siendo colocados al lado de los exhibicionistas "manuales", flagelantes e invertidos. Esta "caballería sodomita" se reunía especialmente en los jardines de Luxemburgo y Las Tullerías. Las estadísticas evidencian que los perseguidos eran en mayoría clérigos y sirvientes. Si la so-

domía predominaba entre los eclesiásticos, esto se debía al celibato religioso, a la vida en los seminarios y los conventos, que favorecían las anomalías sexuales, puestas de manifiesto mucho más tarde por los sexólogos y psiquiatras, en los siglos XIX y XX. Entre los clérigos citados por los sumarios policiales franceses se encuentran también nombres ilustres: confesores del rey, rectores de la Universidad, obispos y miembros de la Academia. En cuanto a los simples sacerdotes, ellos formaban legión. Los arrestos no tenían, sin embargo, consecuencias trágicas; una advertencia, la promesa de no reincidir en las demostraciones públicas, y los piadosos sodomitas eran puestos en libertad. Había necesidad de salvar las apariencias... Los mismos hechos se producían entre los clérigos de Baviera y Suabia, y hasta entre los severos jesuitas. Nombres célebres de profesores y cardenales están inscriptos en los archivos secretos. Pero las eliminaciones eran raras; el asunto terminaba con el traslado o la retrogradación.

Catalina II, la Semiramida del Norte

La princesa alemana Sofía de Anhalt-Zerbst se casó con un gran duque, el que más tarde llegó a ser el zar Pedro III. Éste era enfermizo, débil, descabellado, fanfarrón, ignorante, incapaz de comprender la mentalidad rusa. Sofía, por el contrario, aprendió el ruso, se convirtió a la religión ortodoxa, cambiándose el nombre por el de Catalina Alexeievna. Era activa, entusiasta; poseía un "temperamento de hierro". Su esposo, impotente, tenía un gusto morboso por las jorobadas y tuertas, a las cuales azotaba; se decía que tenía olor a chivo. La zarina Isabel creía que la principal preocupación de una princesa heredera radicaba en tener un varón para perpetuar la dinastía, debiendo al mismo tiempo ser vigilada para no tener cualquier intimidación con caballeros y servidores de la Corte. Era, sin embargo, demasiado tarde; pues, cuando Catalina dio a luz a Pablo, éste resultó hijo del chambelán Soltikoff, amigo del esposo, quien introducía él mismo a los favoritos al lecho conyugal. Al ser deliberadamente abandonada a su propia suer-

te, después del alumbramiento, Catalina estuvo a punto de sucumbir. Odiando a su esposo, tuvo la segunda relación con el hermoso y espiritual Estanislao Poniatovski, con el cual solía encontrarse disfrazada de hombre y quien le dio una hija. Poniatovski fue el último rey de Polonia.

Lo que ocurría en la Corte sólo podría haber sido descrito por un Edgar Poe o por un Hoffmann. El heredero del trono tenía que comprobar su participación en la gravidez de Catalina. Una vez que la princesa se encontraba en vísperas de alumbrar, uno de los testafierros prendió fuego a su casa de campo; el futuro Pedro II, a quien gustaban los incendios, corrió allí, mientras ella alumbraba: "Solamente Dios sabe quién hizo grávida a mi esposa", solía exclamar el esposo oficial. Es verdad que el instinto materno no estaba muy desarrollado en Catalina. Comprendiendo que los gobernantes y el pueblo no tolerarían ninguna ofensa a la Iglesia (tal como hacía Pedro), ella procedió de tal manera que, al ocupar el trono después de la muerte de la zarina Isabel, pudo poner en ejecución su plan. Pedro III intentó reemplazarla con su manceba "platónica", la señora Woronzoff. Un gigante temerario, el hermoso Gregorio Orloff, que había llegado a ser el sucesor de Poniatovski en la vida amorosa de Catalina, alejó a Pedro III con la ayuda de sus hermanos ("igual que a un niño a quien se le ordena irse a dormir", como dijo Federico II). Catalina fue proclamada emperatriz, en junio de 1762. Poco tiempo después, Pedro III fue asesinado por Orloff y sus compañeros, en el apogeo de una borrachera, mientras que Catalina tuvo un tercer hijo, legitimado con el nombre de conde Bobrinski.

Gregorio Orloff, al ser reconocido oficialmente el favorito de la zarina, tenía un departamento en el palacio imperial y recibía mensualmente 12,000 rublos. Cargado de honores y dignidades, nombrado general en jefe de la artillería, le fue posible llevar a la Corte a todos sus hermanos y primos. Pero Catalina no se sentía satisfecha con un solo favorito. Entre sus relaciones debemos mencionar a Wisenski, un joven oficial introducido en la Corte por los enemigos de Orloff. Visitaba a Catalina disfrazado de médico; sus consultas gustaron tanto que le fue ofre-

cida una habitación en el palacio. Un día, un lacayo le entregó una llave de oro: en el cajón de un mueble había 180,000 rublos de oro, obsequio de la amante. Pero el terrible Orloff pidió que el nuevo favorito fuera enviado a una provincia lejana.

Sin embargo, no tardó en aparecer otro rival: el elegante y bien constituido teniente Alejandro Wasilikoff. Cuando Orloff regresó del extranjero, donde representó al país en un congreso de paz, recibió la orden de renunciar a sus dignidades si no quería ser desposeído y deportado a Siberia. Desafió a la emperatriz: ¡que muestre su ingratitud a la vista de todos! De nuevo fue enviado al extranjero en misiones oficiales, siendo después exilado en Reval, donde esperó que podría desempeñar un papel político. Después de dos años llegó el turno también a Wasilikoff: enviado a Moscú, encontró allí un rico regalo de Catalina, la que le acordó también una pensión anual de 20,000 rublos. Éste era el obsequio acostumbrado para sus favoritos, que dejaban de ser gratos a la emperatriz. El nuevo favorito era un lindo oficial: Potemkin. Al acompañar en cierta ocasión la carroza de la zarina, su caballo no quiso obedecerle. Catalina lo observó y le dijo, riéndose: "Su caballo es más inteligente que usted"... En pocos días Potemkin llegó a ser el hombre más influyente del imperio. Previendo el peligro, los partidarios de Orloff le hicieron perder un ojo, al recibir un golpe con el taco en una partida de billar; no obstante, la zarina lo encontró bastante bonito. Potemkin suplantó a Gregorio Orloff en todas las dignidades; fue conde, jefe supremo del ejército, gran almirante del Mar Negro y titular de las más raras condecoraciones.

Más inteligente que Orloff, que falleció en 1783, a la edad de 49 años, mentalmente perturbado, Potemkin ha sabido desempeñar al lado de Catalina el mismo papel que la marquesa de Pompadour al lado de Luis XV. La zarina quiso crearse un harén de varones, una especie de "Parque de los Ciervos" masculino. Potemkin le procuró un *pope* ucraniano, Savadovski; después al serbio Forich y, finalmente, a un "verdadero ruso", el capitán Korsakoff. Se dice que éste, que sorprendió en el

mismo lecho a la zarina y a la dama de honor, la condesa Bruce, azotó a ambas frente a la servidumbre. Llegó después el turno a Alejandro Lanskoi, que murió muy joven, debido al abuso de la cantárida. Catalina le erigió un costoso monumento, jurando que Lanskoi sería su último amante. Un año más tarde, Potemkin le encontró un consolador en el suboficial Yermoloff, quien no tardó en socavar a su benefactor, con la pretensión de ocupar su lugar. La zarina puso a los dos de acuerdo y buscóse un nuevo amante: Mamonoff, capitán de la guardia imperial, quien al sentirse insatisfecho con la zarina, llevóse también a una princesa de la Corte. Pero Potemkin supo desempeñar un papel excepcional también en la política: conquistó Crimea, realizando en parte el testamento de Pedro el Grande, quien quería desalojar a los turcos de Europa.

Potemkin falleció en 1791. Catalina envejeció, adquiriendo un rostro masculinizado y ya no le agradaban los hombres como antes. Su séquito no ignoraba sus relaciones con las lesbianas Protasof, Branica o la princesa Dashkoff, presidenta de la Academia de Ciencias. El último de sus favoritos fue un tártaro: Platon Zuboff, conocido invertido, apodado *Madame Du Barry del régimen*.

Catalina II era inteligente y culta, al corriente con la literatura. Estaba en relaciones epistolares con Diderot y quería organizar su imperio de acuerdo con la concepción de los enciclopedistas: el sistema del despotismo ilustrado. Planeó una constitución para el imperio y anuló la servidumbre feudal; la justicia llegó a ser más "blanda"; la pena capital fue abolida para algunos delitos. Catalina fundó escuelas, universidades y academias. Sin embargo, ella no tuvo la firmeza de Pedro el Grande, quien hizo frente a las clases dirigentes. Los proyectos de reforma social habían sido relegados al olvido y la zarina se consagraba a las letras, a la poesía y al amor. Las persecuciones y represalias eran menos frecuentes; cuando cayó la Bastilla, la policía permitió que los jóvenes liberales manifestaran su regocijo por las calles de San Petersburgo.

Esta experiencia del "despotismo ilustrado" terminó bastante mal. Catalina colmó a Voltaire de pieles y tabaqueras, aduló

a Diderot. Grimm era su corresponsal parisiense, Volney recibió una medalla de oro, el príncipe de Ligne obtuvo Aulida, donde fue sacrificada Ifigenia, mientras que los favoritos de la zarina dilapidaban sin vergüenza, provocando revueltas populares. Dándose a conocer como el verdadero Pedro III, el cosaco Pugatcheff provocó estados levantiscos en las provincias del sur y amenazó por instantes a Moscú. Quizá él hubiese podido alejar del poder a la impopular zarina si no se hubiese dejado ablandar por su propia Corte, la que remedaba ridículamente a la imperial.

La alta sociedad de San Petersburgo, imitando también ella el Ermitage francés, formó un "club físico", en el cual se admitían solamente a las mujeres bellas y jóvenes, mientras que los hombres tenían que dar prueba de su virilidad para poder recibir diploma de miembro del club. En sus reuniones, el banquete era silencioso; seguía luego una especie de lotería con todos los números a ganar; los que sacaban el mismo número pasaban juntos el resto de la noche. La policía, que estaba bien recompensada, toleraba semejantes templos de amor con una sola condición: no provocar escándalo alguno. Esos templos se denominaban "pensiones". Una de éstas tenía, en cada piso, "citereas" de otra nacionalidad. Todo esto no excede en mucho a las costumbres modernas. Pero Catalina II conservó el sobrenombre de Semiramida del Norte.

Los castrados. Los Dujobores

La mentalidad eslava es poco conocida por los occidentales. En la historia de los pueblos eslavos se puede distinguir el predominio del misticismo; las diversas sectas religiosas dieron siempre que hacer a los gobiernos de sus respectivos países. Se atribuye especialmente a las mujeres, que vivían bajo el régimen zarista, el placer de ser golpeadas. Krafft-Ebbing dice de ellas en su *Psychopathia sexualis* que "nunca se sienten más felices y más satisfechas que cuando son bien machucadas por sus esposos".

Una de las más curiosas sectas es la de los castrados (*scopitas*), cuyas mujeres se prostituían con el permiso de sus maridos, a fin de que su secta no se extinguiera. En 1715, bajo Pedro el Grande, en la gobernación de Yaroslav, fue arrestado cierto número de herejes que, voluntariamente, se habían desvirilizado. En 1717, en Moscú, un tal Procopio Lupkin fue detenido conjuntamente con dos docenas de hombres y mujeres por haber formado una secta de eunucos y mutilados. En 1770, Condrati Selivanoff recorría las provincias rusas presentándose como Pedro III, zar y Cristo en la misma persona. Catalina II lo exiló a Siberia; allá se presentó como hijo legítimo de la emperatriz Petrovna. El zar Pablo volvió a llamarlo. La leyenda de este fanático, transmitida de generación en generación, es considerada actualmente como una verdad incontestable entre los castrados.

Establecido en San Petersburgo, donde compró un palacio, Selivanoff comenzó a difundir su doctrina, convirtiendo a personas de todas las clases sociales. Era entonces la época de oro de la secta. Porque Selivanoff se dirigía al zar Pablo como si éste fuera su hijo, el soberano se vio obligado a encerrar a "Dios-Padre" en un hospicio de alienados. Alejandro I lo liberó, pero siendo él mismo tratado como nieto, Selivanoff fue internado en un convento, donde murió en 1832, a la edad de 112 años. Su hijo adoptivo, Petravich Selivanoff, era tan fanático como su iniciador.

La enseñanza de los scopitas, que se consideran como "los limpios, los justos, los hijos del Señor", es bastante simple. Dios ha creado al hombre para una vida asexual. Pero Adán y Eva pecaron mediante el acto sexual. El pecado original no puede ser extirpado sino solamente por la amputación de las partes genitales del varón y los senos de la mujer. Después de llevarse a cabo la operación, al mutilado se le abren las puertas del paraíso. (Esta es la interpretación literal del versículo 12, cap. XIX del Evangelio de Mateo: "Hay eunucos que, para el reino celestial, llegaron a este estado.")

A las reuniones de los castrados los sectarios concurren en camisa blanca; la ceremonia es secreta y dura de las diez de

la noche hasta la mañana del día siguiente; los himnos son tradicionales o de acuerdo con la inspiración del momento, igual que las danzas. Cuando la asamblea cae en éxtasis, después del "beso sagrado" que provoca una especie de delirio erótico, el momento es oportuno para la operación. Los niños raras veces son castrados. A los adultos se les aplican dos clases de "purificaciones": la imperial o sello grande, consiste en la amputación del miembro viril; y el pequeño sello, la amputación de los testículos. La operación es llevada a cabo por especialistas, que saben evitar complicaciones, a pesar de que su instrumental consiste en una navaja, algunas veces una simple cuchilla o tijeras. La hemorragia es detenida con el hierro candente, adaptándose luego un pequeño tubo de zinc o de plomo para que la orina no irrite la herida. A veces la operación es realizada por mujeres viejas. Los más fanáticos se castran solos con una hachita, con un cortaplumas o con un trozo de vidrio. En las mujeres la operación es de dos grados: con hierro o con fuego se destruye uno o ambos pezones; frecuentemente se cortan los pequeños labios (*labia minora*) con las tijeras o con el cuchillo.

Los castrados viven mucho tiempo. Los octogenarios son numerosos; algunos llegan a la edad de 110 y hasta 130 años. se les considera insensibles, tristes, solitarios, sin energía. El zarismo persiguió implacablemente a los castrados. El decreto de Alejandro I los califica de enemigos de las leyes divinas y humanas, y como destructores de la moral. Fueron exilados a millares a Siberia, pero se resistieron. Para que la secta pudiera perpetuarse, sus componentes se mutilaban recién después de haber procreado hijos o prostituido a sus mujeres. Algunos de los fanáticos eran ricos y pagaban para reclutar nuevos adeptos. Los que daban su adhesión no podían sustraerse al cuchillo de los operadores, aun cuando se refugiaban en el extranjero. Los que, por curiosidad, concurrían a las reuniones de los castrados, eran maniatados sobre una cruz y se los castraba a la fuerza. En 1866 se contaron 470 casos semejantes.

Una parte de los castrados se ha refugiado en Rumania.

Sus comunidades principales existían en Bucarest, Galatz y Yasi. Después del censo de 1865 se encontraban en Rumania 8,375 castrados varones y mujeres; en 1871, su número se elevó a 16,098. Los primeros scopitas aparecieron en Bucarest en 1840, fundando una colonia que ocupaba el barrio entre las calles Romana y Moshilor. En Yasi vivían en el barrio Pacurari. Garantizando la constitución rumana la libertad del culto, ellos practicaban sin temor su ritual, siendo conocidos por todo el mundo y tolerados por la justicia. Construyeron templos y viviendas, estableciendo en su barrio el centro de sus negocios. La mayor parte eran cocheros, destacándose por la excelente condición del equipaje, por la belleza de sus caballos; hoy los "muscali" también se han modernizado, siendo choferes. Otros se entregaron a los negocios, acumulando grandes fortunas.

Se les ha reprochado a los scopitas el sacrificio de los niños recién nacidos, costumbre practicada también por otras sectas. Se elegía una virgen de 15-16 años, llamada *Bogorititza* (la Madre del Señor), destinada a dar nacimiento a un salvador. Sentada desnuda sobre un altar, los fanáticos bailaban en torno de ella besándola en todas partes del cuerpo. Después se apagaba la luz para llevar a efecto la orgía ritual. Si después de nueve meses la *Bogorititza* daba a luz un varón, éste tenía que soportar la muerte de mártir. Después de ocho días se le atravesaba el corazón igual que a Jesús. La sangre caliente servía de comunión. Del cuerpo secado y pulverizado del niño se hacía la hostia, que durante las Pascuas se comía en común. En otras sectas, la misma "Madre del Señor" era sacrificada: en danzas frenéticas y canciones delirantes se le amputaba el seno izquierdo, que luego era distribuido entre los fieles.

Estas sangrientas escenas, con el pretexto de una "perfección mística", eran practicadas con mucha frecuencia en la Rusia zarista. La Revolución de 1917 no disolvió la secta de los scopitas. De los debates de un proceso de 1930 resalta que, en una aldea cercana a Leningrado, 39 campesinos acaudalados (*kulaks*) se entregaron a las ceremonias más arriba descriptas y que diez nuevos adherentes, entre los cuales había niños de 14 años, fueron castrados mediante el engaño. Los acusados se refirieron tam-

bién al versículo del Evangelio de Mateo, negándose a denunciar a los operadores. Fueron condenados a 2-4 años de cárcel, siendo confiscados sus bienes. Bajo el zarismo, las penas eran más severas.

Otra secta, distinta, sin embargo, por su fe, por los principios éticos y sus prácticas, es la de los *Dujobores* (Luchadores del Espíritu), aparecida en Rusia a mediados del siglo XVIII. Ellos creen que el espíritu de Dios mora en el alma del hombre, inspirándole directamente: de aquí resulta la inutilidad de las iglesias, de los sacerdotes y del culto. Apoyándose en el Evangelio, practican el principio de la no resistencia al mal mediante recursos violentos; éste es también el principio central de la enseñanza tolstoiana. Los dujobores son laboriosos, abstemios, vegetarianos, honestos y leales, deseosos de cultivarse. Son incomparables en lo que respecta a la práctica de la vida en común y la colonización cooperativista.

Perseguidos, tras la instigación de la iglesia ortodoxa del régimen zarista, fueron transportados durante los años 1842-43 a Caucasia, soportando sin murmuración todas las mortificaciones, prosperando su fe simultáneamente con su número. Más de 12,000 dujobores permanecieron solidarios, rehusando someterse a la violencia estatal, a llevar armas, etc. Su digna conducta llamó la atención de Europa occidental, y especialmente de América. Se les permitió abandonar el país y, después de una breve estada en la isla de Chipre, millares de dujobores partieron para el Canadá en 1899, donde el gobierno les donó 320,000 acres de tierra. Sus comunidades progresaron, llegando a 15,000 miembros.

Allí afirmaron con entereza sus principios antiautoritarios, negándose a inscribirse en los registros de estado civil, a enviar sus hijos a las escuelas públicas, reconociendo únicamente la propiedad colectiva. Los dujobores comenzaron a sentir las persecuciones en la nueva "patria", lo cual contribuyó a temprarlos. Uno de sus dirigentes era Pedro Verighin, amigo personal de Tolstoi, a quien siguió una mujer: Lukeria Sasilevna. Partidarios de la idea "de volver a la naturaleza", la manifestaban por esos cortejos nudistas que recuerdan a los adamistas y otras sectas de

la Edad Media. Esos desfiles de hombres totalmente desnudos despertaron la indignación de los "puritanos" y de la justicia canadiense. De acuerdo con el relato de Pedro Maloff, dirigente de un grupo de dujobores extremistas, que se denominaban "Los hijos de la Libertad", en 1935 fueron condenados por centenares a tres años de prisión sus adeptos, por haber desfilado desnudos en público para protestar contra la brutalidad de la policía: fueron objeto de castigos, heridas, alimentación forzada de carne, confiscación de sus bienes, etc. La nueva lucha del gobierno canadiense contra estos pacíficos fieles, que "se niegan a prosternarse ante Mammón", recuerda el régimen zarista, que se vio obligado a reconocer que hombres como los dujobores no pueden ser vencidos.

Es digno de ser señalado que en la base de la unión entre el hombre y la mujer —tal como consigna un manifiesto de los dujobores que integran la Comunidad Cristiana de la Fraternidad Universal— está el principio: "la madre y el niño". En conformidad con las leyes genéticas, ellos "no hacen uso de la fuerza sexual más que para la propagación de la especie. La fecundación y el nacimiento del niño se realizan en la más amplia libertad de la ley natural y creemos que es imposible que en su cumplimiento se interviniera de algún modo. La fortaleza de la madre y del niño, incluso la educación de este último, constituyen los fundamentos de toda la Fraternidad"... Vale decir: el desarrollo del amor, de la razón, y la liberación de las capacidades del niño mediante la escuela de la Naturaleza, cuyo libro constituye la palabra divina.